

NOVELA FOX

36

El pasado no muere

John Boles

Mary Astor



CUMMINGS, Irving

La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona Tel. 18551

Año II N.º 36

El pasado no muere

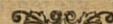
(ROMANCE OF THE UNDERWORLD, 1928)

Sentimental asunto, interpretado por

Mary Astor, Ben Bard, Robert Elliott y

John Boles

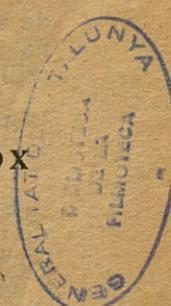
Es una SUPERPRODUCCION FOX



Exclusiva de

Hispano Foxfilms, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



El pasado no muere

Argumento de la Película

Judith Andrews, una hermosa muchacha, se encontraba una tarde en una floristería.

Sus grandes ojos negros estaban llenos de lágrimas. Acababa de escoger una corona fúnebre y, sentada ante una mesa, escribía en un papel:

A la memoria de mi querida madre.

Judith.

Enviaría para la viejecita que acababa de morir en la lejana aldea aquel recuerdo florido.

Madrecita santa... nunca la podría olvidar.

Entró en la tienda un caballero alto, flémático, de rostro rasurado. Era Burke, un agente de policía.

Le sorprendió al ver allí a una mujercita bañada en llanto y discretamente preguntó al empleado lo que pasaba.

—Ha comprado una corona para el entierro de su madre—le explicó.

El policía movió la cabeza apenado y después de escoger un ramo de flores, sentóse frente a Judith.

Iba a escribir. Buscó la pluma que Judith tenía aún entre las manos. Ella se la entregó, desconsolada.

—No llore usted, señorita—dijo el agente. La vida nos reserva a todos estos trances... Es menester sufrirlos con valor.

—¡Pobre mamá!

—Vamos, levante usted la cabeza, señorita... ¡Anímese! Hay que sobreponerse a la adversidad.

—Eso habré de hacer...

Y limpiándose con un pañuelo el rostro se alejó después de encargar no se olvidaran de remitir la corona.

Burke lanzó un suspiro. ¡Pobre chica! ¡Qué huella de dolor tan profundo había en su carita clara!

Pero recordando a lo que había venido escribió en una tarjeta:

A mi muy amada esposa en el noveno aniversario de nuestra boda.

Ed. Burke.

Entregó el papel al dependiente rogándole lo remitieran aquella misma mañana.

Y marchó con su aspecto de hombre imposible, pensando en la alegría que tendría su mujer cuando viera aquel ramo de flores.

Aquella noche el cabaret de Pepe "El Champaña" estaba lleno como de costumbre.

Era un cabaret de los barrios bajos donde la mayoría de los clientes eran gentes que vivían a espaldas de la ley.

Pisaban también la casa algunos incautos, de esos que se dejan seducir por el brillo de unos ojos amables que prometen...

Dan Manning, conocido por "El Elegancias", era uno de los asiduos concurrentes al cabaret.

Hombre joven, de alma repugnante, vivía a salto de mata, recibiendo dinero de las mujeres de la casa, no importándole el modo como ellas tenían que ganarlo.

Se imponía por sus desplantes, por su aire de "guapo", por la majeza característica del explotador de mujeres.

Acercóse al mostrador y preguntó al mozo:

—¿Dónde está Pepe "El Champaña"?

—Allá dentro.

—Ve a decirle que quiero hablarle.

No tardó en presentarse Pepe acompañado de Nelly, "La Rubiales", su amiga oficial.

Saludáronse cordialmente... Nelly se acercó a él con todo disimulo, y sin que Pepe se diera cuenta, le acarició las manos...

Sentía esta rubia una gran debilidad amorosa por el majo de la casa. No le importaba traicionar a Pepe con tal de poder ser adorada por "El Elegancias".

Pepe le invitó a beber un vino espléndido que sólo reservaba para los buenos amigos.

—Y dime, Pepe... ¿Has visto a Judith? —preguntó Dan.

—Sí... andaba por ahí hace poco... Como murió su madre... la pobre anda desorientada.

Vieron entrar en la sala a Judith llorosa aún... Unas amigas le acompañaban en el sentimiento.

Dan, sonriente, avanzó hacia ella.

Judith era su amante, su amiga, la que él a cambio de sus besos, explotaba de la más indigna forma.

Fué con ella a sentarse a una de las mesas del fondo, mientras Nelly hacía un mojón de celos. ¿Por qué Dan no rompía con aquella chica insignificante?

—Estoy sin dinero, nena — dijo Dan. — Trae acá tu sueldo... a cuenta.

—Esta semana lo necesito para mí, Dan... Ya sabes lo que me ha ocurrido.

—Quiero dinero, ¿comprendes?

Y brutalmente le torció el brazo, obligándole bajo la coacción del dolor a entregarle unos billetes.

—Así me gusta... Que me obedezcas... Y si necesitas más dinero, anda. Ahí está un provinciano viejo, rico y alegre.

Señaló a un sesentón que bromeaba y repartía dinero a varias muchachas, marchitas flores de cabaret.



—Quiero dinero, ¿comprendes?

—Pero, Dan... ¡Es que ya no puedo más con esta vida! ¡Mejor estaría en una cloaca!

Ella tenía buenos sentimientos... Había sido la necesidad, la miseria, la que le obligó a caer tan bajo. Pero su alma se mantenía pura entre el lodazal.

—No seas tonta... y busca los dólares.

El provinciano estaba ahora ante el mostrador con varias chicas. Resignada, Judith se dirigió allí... Trabó conversación con el viejo... Le hizo destapar una botella de champaña.

Nelly había ido, entretanto, a reunirse con Dan y le decía con mimo:

—¿Por qué te empeñas en jugar con ese tempano de hielo cuando aquí está una mujer apasionada como yo, que te quiere tanto?

—Mientras estés con Pepe "El Champaña" no voy yo a jugarme la piel corriendo tras de ti... Espera a que nos hayamos desembarazado de él...

—¡Ojalá sea pronto!

Desde el mostrador, Judith vió a Dan y Nelly hablar y acariciarse. Sintió que le invadía la repugnancia. A todos lados tracición. Derramó el champaña que tenía en la copa y dirigiéndose hacia donde estaba Dan, le dijo:

—¡Se acabó para mí esta vida!... ¡Y he acabado también contigo!

Dan se quedó riendo y frotóse los zapatos con el pantalón, una de sus costumbres favoritas... ¡La fierecilla sacaba las uñas! ¡Bah!, ya vendría de nuevo el domador.

Nelly, indiferente ante el desplante de la otra, se acercó al viejo provinciano y bailó con él.

La fiesta era muy animada. Las parejas se agrupaban en el pequeño salón bajo los acordes de una música absurda.

Nelly, mujer capaz de todo, robó al viejo su cartera bien repleta.

Acabada la danza entregó el billetero a su amigo Dan... Esto sí que era cariño, ¿verdad?

El provinciano no se había dado cuenta del despojo y sólo después cuando iba a convidar a champaña a otras muchachas, descubrió que no llevaba la cartera.

—¡Me han robado!—gritó.

Arremolinóse la gente... Pepe no quería líos en el establecimiento y ordenó al viejo saliera de allí.

Unos hombres cogieron al pobre hombre y lo pusieron en mitad de la calle sin atender a sus energicas protestas.

—¡Me han robado!—repetía el infeliz.

En aquel instante detuvose un automóvil ante el cabaret. Iba ocupado por Burke y otro agente.

—Llegamos a tiempo—dijo Burke—. Ahí tenemos un testigo de buenas a primeras.

Los dos sujetos que habían arrojado al viejo a la calle vieron bajar a los policías del automóvil y corrieron a comunicar a Pepe aquella importuna visita.

Pepe no tenía nada que reprocharse... entonces... sino era que poseía contrabando. Ordenó vaciasen todas las botellas de alcohol a un recipiente... En cuanto a la cartera, él ignoraba quién pudiera tenerla.

Por la mente de Dan pasó una baja idea. ¡Brillante ocasión para desembarazarse del hombre que le estorbaba!

Acercóse a Pepe y con todo disimulo puso en el bolsillo de su americana la cartera. Luego le dijo:

—No tengas cuidado. Voy a presentarme en la puerta principal y procuraré armarla.

Al salir topóse con Burke que iba con un agente y el viejo desvalijado.

Se miraron los dos con curiosidad.

—Di, Dan, ¿quién “desnudó” al viejo? —le preguntó Burke.



—Tú serías incapaz de mentir, ¿verdad, delator? .

—Registra a Pepe...

Y sonrió de modo picaresco.

—Tú serías incapaz de mentir, ¿verdad, delator?

—¿Yo?... Usted sabe bien, Burke, que soy amigo de la ley y del orden.

—De eso habría mucho que hablar.

Entró Burke con sus compañeros.

Pepe con aire tímido e inocente le sonrió al verle avanzar.

—¡Hola, Pepe!—dijo el policía.

—Buenas, Burke!

—A ver... los clientes... ¡fuera!

En pocos momentos quedó desalojado el local. Salieron los parroquianos y las mujeres. Estas iban seguramente a ser detenidas por escándalo.

Quedó Pepe con los camareros.

—¿No habrán ustedes visto un billetero?

—preguntó Burke.

Todos negaron.

—¡Es extraño!

Inspeccionó el agente las anaquelías, el mostrador, encontrando una botella llena de vino que se habían descuidado de vaciar.

La envolvió cuidadosamente en un papel.

—Medio litro de pruebas concluyentes, amigo.

—¡Bah! No me costará eso otra cosa que una multa!

Luego Burke procedió a registrar a Pepe y en uno de sus bolsillos encontró el billetero.

—Eso significa algo más que una multa, Pepe...

Pepe no salía de su asombro... ¿Cómo estaba aquel billetero allí?

El viejo provinciano reconoció como suya la cartera.

—¡No comprendo!—dijo el dueño del cabaret.

—Se trata de un robo, Pepe... Te costará la cárcel...

—Yo le aseguro que no lo he robado... Alguien ha querido perderme.

—¡Déjate de historias... y sígueme!

Con una sonrisa resignada, Pepe se dirigió al coche celular que esperaba ya ante la taberna.

Estaba preocupadísimo... El era inocente... ¿Quién había podido hacerle aquel daño?

En el coche se encontraban ya las muchachas del cabaret. Nelly había sido la primera en llegar, pues la última vez que fué detenida había subido demasiado tarde al coche y no logró asiento. No quería que le sucediera lo mismo.

Pepe le dijo al subir:

—¿Quién me echó la cartera encima, Nelly?

—¿A qué te refieres, amor mío? ¡No comprendo una palabra!

Y le acarició con falsa ternura dándose cuenta del juego de Dan para deshacerse de su rival.

¡Maravilloso!

El coche emprendió el camino de la cárcel.

Burke se hallaba aún en el cabaret y le dijo al viejo robado:

—Vuélvase a su pueblo, anciano, antes de que alguien se presente a venderle a usted la estatua de la Libertad...

—No reincidiré, señor... Se lo aseguro.

Salió el viejo.

Burke después de inspeccionar la sala, vió a una muchacha que salía de una habitación y rápidamente se dirigía hacia la puerta.

—¿Por qué tan de prisa, hermana? — le dijo.

Ella se volvió... Era Judith.

El agente reconoció, sorprendido, a la joven que había visto en la tienda de flores, y le dijo:

—¿Adónde va usted?

—¿Dónde? A la comisaría... con usted...

Invadió a Burke una gran lástima al ver llorar a Judith. El rostro de la chica no era de vicio, sino de desgracia.

—¿Qué hace usted en un lugar como éste?

—Soy de aquí... ¿Qué quiere usted? ¡La vida es tan cruel!

Salieron... Ella sentóse en un escalón y se echó a llorar.

—Usted no parece mala—le dijo el agente—. No quiero detenerla... Siga su camino, pero un camino digno... Su madre seguramente sería una buena mujer... ¡Imítela!

—¡Oh, señor!...

Burke, frío, flemático, entregó a la muchacha un pañuelo dentro de cuyos pliegues deslizó un billete de diez dólares.

—Haga usted uso de esto...—le dijo— ¡Y levante la frente! ¡No se amilane nunca!

Y desapareció mientras la jovencita se limpiaba el rostro y encontraba en el pañuelo los diez dólares.

¡Qué buen corazón! Oh, sí... cambiar de vida... ser otra!... Ir con la frente muy alta a la conquista de la virtud.

Y dirigióse hacia la nueva ruta.

* * *

Judith colocóse en un taller de planchado. Deseaba olvidar por entero su existencia anterior...

Había devuelto el pañuelo y los diez dólares al inspector Burke. Le estaba muy agradecida a aquel buen hombre, gracias a cuyos consejos había emprendido una senda honrada.

Dan, "El Elegancias", estaba encantado de la vida. Se había unido ya sin temor a Nelly y los dos vivían juntos... Ni se acordaban del pobre Pepe que gemía en una cárcel por un delito del que era inocente.

Cierto día Dan pasó ante la tienda en que Judith trabajaba como planchadora. Por fortuna no vió a la muchacha, pero ésta a través de los cristales reconoció a su antiguo explotador. Y fué tal la impre-

sión que le causó su presencia que quedó con la plancha eléctrica sobre una camisa y cuando quiso retirarla ya una manga se había quemado por completo.

Dan desapareció... y Judith miró horrorizada la desgracia que le acababa de suceder.

El dueño de la casa era un hombre implacable. Al ver aquello armó un escándalo.

—¡Está usted despedida! ¡Vaya a cobrar lo que se le debe!

Y la pobre joven a quien parecía de nuevo perseguir la mala estrella, tuvo que buscar otra colocación.

La encontró pronto. Empleóse de camarera en un bar. Iba vestida de uniforme y era la muchacha más servicial y que admitía menos bromas de todo el personal femenino de la casa.

—¿Adónde vas esta noche, niña? —le preguntó una vez un cliente.

—A la escuela nocturna —respondió ella. Porque se estaba instruyendo. Aprendía taquigrafía y mecanografía con un deseo de cambiar de situación y poder colocarse como empleada con un sueldo más remunerador.

Un mediodía fueron a comer al bar Esteban Ransome, un alto empleado de una gran casa, acompañado de un amigo.

—¡Qué suerte la tuya, Esteban! —le dijo su compañero. —¡Conque la compañía te envía a Europa!

—Sí... salgo el próximo sábado.

Judith fué la encargada de servirles y distraídamente vació un poco de agua de la botella en la americana del joven.

—¡Oh, perdón, señor! ¡Lo siento mucho!

Y ella misma frotó y secó con un trapo la humedad de la manga.

—¡Bah, no es nada! —dijo él, sonriente y contemplando a la linda camarera.

Apareció la encargada. ¿Qué había ocurrido, señor? ¿Tenía alguna queja contra la camarera?

—¡Oh, no ha sido nada!...

Y continuó hablando con su amigo sin dar importancia alguna a la disculpable tarpeza.

Pagó la comida y salió con su amigo. Recordó al comprar tabaco en el mismo local haber olvidado de dar propina a la camarera y volvió a la mesa y puso sobre ella unas moneditas.

¡Que no pudiera decir que le guardase rencor!

Cuando hubo marchado, Judith recogió la gratificación... ¡Simpático cliente! ¡Si todos tuvieran su amabilidad!

Y entretanto, Nelly y Dan seguían su vida amorosa. El entró en la habitación donde Nelly estaba tendida perezosamente en la cama y le enseñó una carta que acababa de recibir.

No olvidaré nunca que durante todo este tiempo que estoy en la cárcel me has estado enviando cigarrillos y otras cosas todas las

semanas. Eres el único amigo de verdad que tengo.

Pepe Schmidt.

—¿Qué te parece?—dijo él a tiempo que se limpiaba los zapatos con unas medias de Nelly y que ésta indignada le quitó.

—Pues me parece que si Pepe se entera de cómo fué a parar a la cárcel, tardarán ocho días en sacarte el plomo que te meta en el cuerpo.

—¡No nos preocupemos! ¡No lo sabrá nunca!

* * *

Pasó algún tiempo. Judith, convenientemente instruida, había logrado un empleo de taquígrafo en la Compañía Importadora y Exportadora del Oriente.

Esteban Ransome, que había sido nombrado vicepresidente de la Compañía, acababa de regresar de su viaje a Europa.

Entró en su despacho, contento de volver a encontrarse allí. Vió una rosa sobre la mesa.

Un mozo que desde la parte exterior limpiaba los cristales del despacho, le dió la bienvenida.

Esteban se enteró de los asuntos del día y tocó luego el timbre para que se presentara una taquígrafa, pues tenía que dictarle varias cartas.

Entró Judith.

El la contempló cariñosamente pareciendo que recordaba aquella fisonomía.

—Me llamo Judith Andrews. Soy una de las nuevas taquígrafas—dijo ella, que acababa de reconocer a aquel joven como al cliente del bar.

—¡Ah, perfectamente!... ¡Siéntese que le dictaré!

Y comenzó a dictarle varias cartas...

—¿No voy demasiado de prisa?

—¡No! Sigo bien.

Al retirar Esteban unos papeles, cayó el jarrito donde estaba la rosa y el agua mojó la manga de Judith.

—Lo lamento infinito, señorita.

Y Esteban secólo con un pañuelo.

—¡Bah! ¡No ha sido nada! — respondió dulcemente.

Aquellas palabras hicieron recordar a Esteban un hecho parecido.

—Ya la reconozco a usted... Del bar.

—Sí... sí...

—¡Ha progresado usted notablemente! ¡Lo celebro, señorita! Pero, ¡qué casualidad la de encontrarnos aquí!

Y desde aquella mañana se estableció una gran confianza entre el vicepresidente y la taquígrafo.

La había convertido Esteban en su secretaria, pues sólo a ella dictaba sus asuntos y daba sus instrucciones.

Una dulce simpatía le ligaba a aquella muchacha bella que de modesta obrerita llegaba a empleada de comercio...

Lo más grave... era que iba sintiéndose enamorado de ella. Tan enamorado que la correspondencia se resentía... y ya no salían aquellas cartas tan bien redactadas como antes.

—Vamos a ver—le dijo un día—. Escriba: Señores Berkowitz Hermanos, Chicago.

—Ya está.

Esteban se paseaba nervioso mirando a hurtadillas a la linda criatura que ponía en aquel despacho de muebles severos la eterna gracia de la juventud.

—Cambio eso por Markowitz y Cía., Nueva York.

—Hecho, señor.

—¡No! Ponga usted: Lefkowitz e Hijos, Boston.

—Supongo que querrá usted decir Distradowsky y Socios — exclamó ella sonriente.

—Perdone, Judith... Olvidémonos por un momento del pasado... ¿Quiere usted cenar conmigo esta noche?

—¡Muchas gracias!...

Y fueron a un restaurante y pasaron una agradable horita entre músicas. Un violinista tocaba junto a ellos una dulce melodía que ponía en las almas de los jóvenes un temblor de emoción.

Ya de sobremesa, él la dijo:

—¿Sabe usted? Casi estoy decidido a buscar nueva secretaria.

—¿Por qué?

—Durante los últimos meses usted me ha

hecho descuidar mi trabajo.

—¿Yo?

—Sí, usted... Usted que es como las rosas que lleva a mi oficina. Lozana, admirable, pura...

—¡Oh, no tanto!

—¡Judith, la amo! ¿Quiere usted ser mi esposa?

La joven le miró y respondió meditabunda:

—Yo también le amo, pero usted apenas me conoce... Necesito tiempo para reflexionar.

—Tómese el tiempo que desee... ¡pero mañana mismo nos casaremos!

Y cumplió su palabra.

Al día siguiente los dos jóvenes se dirigieron al juzgado para que el señor juez legalizara su unión.

—El señor juez les recibirá en seguida —les dijo un empleado—. ¿Tendrán ustedes la bondad de aguardar a que concluya? Pasen entretanto.

Entraron en la sala de la audiencia, llena de gente. Y la sorpresa de Judith fué terrible al ver a Dan ante el señor juez.

Sentóse asustada procurando ocultar su cabecita. ¡Si aquel malvado la veía!

Dan había realizado un delito y se estaba celebrando la causa.

Al lado de Dan que mantenía una sonrisa cínica, se encontraba el inspector Burke que había hecho su captura.

—¡Voy a dictar sentencia contra Dan

Manning! —dijo el juez—. Su juicio ha sido del todo legal habiendo sido declarado culpable de robo con escalo... Este Tribunal le sentencia a un año de cárcel.

—¡Qué bonito, Burke! —dijo Dan, riendo—. ¡Un año soy capaz de pasarlo de cabeza!

—¡Serán dos años para darle tiempo a recobrar la posición normal! — gritó el juez—. ¡Salga de aquí!

Dan encogióse de hombros y partió con Burke. Al pasar ante Judith que procuraba tapar la cabeza, reconoció a su antigua amiga. Sus facciones se iluminaron de maligno júbilo sobre todo al oír que el joven que iba al lado de Judith decía a ésta:

—Ahora nos tocará el turno para casarnos.

Esteban se adelantó hacia el estrado del juez, y Dan dijo riendo al policía:

—El juez va a casar a mi antigua amiguita.

—¡Cuidado con abrir la boca — le dijo Burke— o no te daré tiempo para principiar a cumplir siquiera tu condena!

Y acercándose a Judith, añadió:

—Me alegro infinito de su casamiento, señorita. Espero que será usted muy dichosa.

Y al propio tiempo le levantó la cabecita para que mirara siempre alto, sin amilanarse ante las miserias y bajezas de la tierra.

Marchó con Dan.

Minutos después, Judith y Esteban firmaban el acta de matrimonio.

Transcurrieron dos años. Los esposos eran felices y tenían un niño como bendición de su amor, una preciosidad de criatura.

Una mañana al ir Esteban a marchar a su oficina, Judith le dijo mientras la abrazaba:

—¡Apuesto a que te has olvidado de que hoy es el segundo aniversario de nuestra boda!

—Pues no es verdad...

Y le mostró un precioso brazalete de brillantes que el día anterior había adquirido para ella.

Judith se lo ciñó al brazo.

—¡Qué bueno eres para mí, Esteban! ¡Cuánto te quiero!

—¡Hasta luego, nenita!... Tengo hoy mucho que hacer en el despacho.

Besó al chiquillo que estaba en la cuna y le dió para jugar su bastón de golf.

—Es un jugador de “golf” de nacimiento —dijo el padre, riendo—. Observa qué bien toma el bastón.

Esteban marchó a su oficina.

El matrimonio vivía en una pensión.

Dan había salido de la cárcel, cumplida su condena, y enterado del lugar donde vivía su ex amiga, acudió a visitarla.

Aguardó en la sala inferior a que bajara

Esteban y cuando le vió partir, se dirigió hacia las habitaciones que ocupaba el matrimonio.

Una criada le franqueó la puerta.

—¿Qué desea?

—Vengo a arreglar el aparato de radio.

—Aguarde aquí.

La doncella fué a transmitir a la señora el recado.

—Aquí está el hombre que viene a reparar la radio.

—¿Está estropeado?

—No sé... Acaso el señorito Esteban debe haberle hecho llamar.



Los esposos eran felices y tenían un niño...

—¡Es raro!

Se dirigió con el chiquillo a cuestas al recibimiento y palideció al ver a aquel hombre. Estaba sentado de espaldas a ella y le reconoció al ver que se limpiaba las botas con el pantalón.

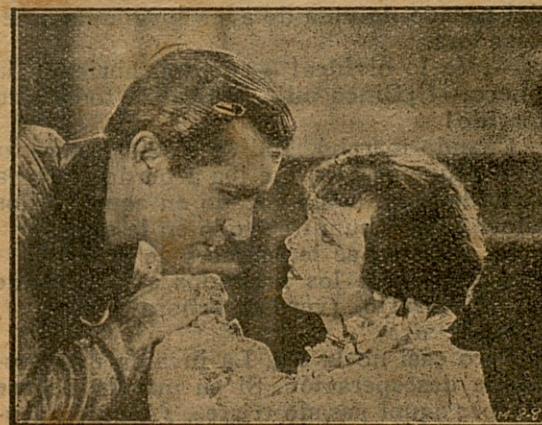
Dan volvióse al oír pasos y se echó a reír descaradamente.

Ella horrorizada, dejó al niño en la cuna y avanzó hacia aquel enemigo.

—Bien, ¿qué deseas? —dijo con una voz que quería ser fuerte, de combate.

—¡Algo!

—¡No te permitiré que destruyas este hogar! ¡Vete!



—¡Qué bueno eres para mí, Esteban!

—¡Atiende, nena!... No puedes librarte tan fácilmente del pasado...

—¡Miserable!

—Te olvidaste de que vivía, ¿no?... Pero, ¡qué brazalete tan bello! Me lo quedo. Y de un brutal tirón se lo arrancó.

—¡No te lleves ese brazalete! Es un regalo de mi esposo—suplicó la desdichada.

—Necesito dinero, ¿sabes?... Y el brazalete servirá de aperitivo.

—¡Oh, canalla! ¿Es que quieres perdonarme?

—Sólo quiero dinero a cambio de no molestarte... Tráeme cinco mil dólares hoy a las seis... o hablaré con tu marido.

Ella se echó a llorar... Otra vez la nube del pasado, la vida de ayer surgiendo amenazadora.

—¡No lo olvides! —dijo él abriendo la puerta—. ¡Cinco mil... o lo diré todo a tu marido!

Cuando marchó, Judith corrió a abrazar a su pequeño. ¿Es que iba a perder toda la felicidad que había gozado en aquellos dos años? ¿Iba a hundirse todo en la sima?

La doncella se le acercó y le dijo:

—Serán seis los invitados a la cena de su aniversario, ¿verdad, señora?

—Sí... sí...

Pero casi no la oía. La invadía una profunda desesperación. Si su marido llegase a saber aquel pasado triste... ¿A quién acudir? ¿Quién podía salvarla de la situación? Un nombre acudió a su imaginación: el

agente Burke. Sí, iría a ver a aquel hombre bueno, complaciente, simpático, que la había levantado del fango y ordenado que mirase siempre arriba.

Vistiése rápidamente y dijo a la criada:

—Si tarde en regresar, diga usted al señor que fuí de compras.

Marchó al despacho de Burke.

Este se hallaba haciendo limpiar las botas. Le pasó recado un policía.

—Está una tal señora Ransome... bien vestida... Un asunto de importancia... y personal.

—Bien... que pase.

Hizo suspender la limpieza del calzado y se levantó.

Momentos después estaba ante él la bella Judith.

—¿Qué ocurre, amiga?

—Algo terrible, señor Burke... Si usted supiera...

Y le contó la visita de Dan y sus amenazas.

Burke quedó meditabundo. Detrás de su flemática característica había un gran corazón que vibraba de ternura. ¡Pobre mujer!

—¿Y no le ha hablado usted nunca a su esposo de... su vida pasada?

—Tiene tal fe en mí... y nos queremos tanto! Tengo miedo de destruir su felicidad si le hablo...

—Bueno, señora... Vuélvase a su casa y deje su asunto en mis manos. Nada ocurrirá.

—Confío en usted, señor Burke...

—Vaya sin temor.

Cuando ella salió, Burke preguntó al policía:

—Pepe "El Champaña", salió libre ayer, ¿no es así?

—Sí.

—Gracias.

Y se dispuso a cumplir una misión que consideraba sagrada.

Tras dos años de encierro, Pepe había recobrado su libertad. Volvía a encontrarse por fin en su cabaret... En su alma vibraba el odio contra el desconocido que había puesto aquel billetero en su americana.

El cabaret no estaba aún abierto cuando Burke llamó a su puerta.

Apareció un dependiente quien retrocedió temeroso al contemplar al inspector.

—No hay para qué asustarse... Sólo quiero hablar con Pepe.

—No está aquí.

—¡Qué lástima! Pero, no importa... entraré a verle.

Y avanzó tranquilamente hasta encontrar al dueño. Se sentaron a una mesa. Pepe le observaba con cierto temor. ¿A qué vendría el policía?

—No tengas miedo. No vengo en son de guerra.

—Pues...

—El deseo de charlar un rato contigo, únicamente... Y dime, ¿has vuelto a ver a tu antiguo camarada Dan "El Elegancias"?

—¡No! ¡Pero es un excelente muchacho ese Dan!

El inspector se echó a reír y dijo:

—Aun no me explico cómo te denunció por el robo de aquel billetero.

—¡Eh! ¡No me vengas a mí con esas! —gritó Pepe, extrañado—. ¡No seré yo quien crea en la palabra de un polizonte!

—¡Ni falta que hace! Te bastará con averiguar el nombre del amante de tu antigua amante.

—¿Dónde?

Ya temblaba, ya sus ojos aparecían desorbitados...

—En la casa que antes ocupabas... Y adiós... No desesperes demasiado.

Profunda indignación se apoderó de Pepe al verle marchar... ¡Oh! ¿cómo le habían, pues, traicionado? Dan, Nelly... ¿Es que eran ellos, ellos los culpables? ¿Y Dan le había denunciado a la policía? Sí, debía creerlo. No era Burke hombre para mentir...

¡Miserable... miserable!... Salió a la calle con una ráfaga de locura en la mirada.

El inspector había ido entretando a casa del médico forense.

—¿Cómo va, querido? —le dijo.

—Bien.

—¿Y los negocios?

—No pasa nada.

—Tengo el presentimiento de que pronto cambiará usted de opinión.

Y sentóse en una butaca, arrellanándose cómodamente en ella, como el hombre que no tiene ninguna prisa.

* * *

Dan había mostrado a su amiga Nelly el brazalete de Judith y una sortija que había robado.

Le puso aquellas joyas y ella le premió con largos besos. Pero luego se las volvió a quitar todas.

—¿Te creíste que iba a regalarte piedras como esas? Voy a convertirlas en una buena suma de dinero.

—Haces mal. Prefiero las joyas.

Mientras hablaban vieron que se movía la cerradura de la puerta y que ésta cedía.

En el umbral apareció Pepe "El Champana".

Se levantaron aturdidos, pálidos por la sorpresa.

Nelly con la tranquilidad de que siempre dió pruebas, corrió a sus brazos.

—¿Por qué no me hiciste saber que salías de la prisión, Pepe?

—Deseaba daros una pequeña sorpresa.

Dan le estrechó con fuerza la mano, sin ningún temor ante el rostro apacible de Pepe.

Se sentaron en un sofá. Pepe en medio de los dos, les abrazaba.

—¡Mis dos grandes amigos! —decía.

—Espero que no estarás disgustado por haberle robado a la nena —dijo Dan, complaciente.

—Oh, no!... Sin duda que estabas cuidándomela... mientras yo estaba en la cárcel.

—Eso es...

—¡Mis dos grandes amigos!

Volvió a abrazarlos. Dan se reía interiormente. ¡Pobre hombre! ¡Nunca averiguaría el engaño!

—Dan, vayamos al club a refrescar... para recordar los días pasados.

—Como tú quieras.

Marcharon. El cerró la puerta con llave. Nelly quedaba en la habitación.

—La encierro para que no se te pierda —dijo.

Ya en el corredor de la casa, Pepe añadió:

—Has sido un verdadero amigo para mí... Enviándome cigarrillos, cuidándote de Nelly.

—Ya ves... hice por ti lo que pude...

Pero de repente la mano de Pepe apareció armada con un revólver y su rostro se reconfiguró.

—¡Basta de farsa! — gritó —. ¡Traidor! ¡Delator! ¡Lo sé todo! ¡Toma tu merecido!...

Un disparo, un hombre que cae... un grito horrorizado de mujer...

Media hora después llegaba un agente al despacho del forense donde éste se hallaba reunido con Burke.

—Le traigo un trabajillo, doctor.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Quién creen ustedes que acaba de ser asesinado?

—¡No lo sabemos!

—Pues Dan Manning "El Elegancias".

Burke se echó a reír. No le venía de sorpresa. Lo esperaba.

—El asesino escapó...—siguió diciendo el agente.

—¿Se sabe quién es?—preguntó el doctor.

—Dicen que es su antiguo amigo, Pepe "El Champaña".

—¡Imposible!—exclamó Burke con energía—. ¡Pepe es incapaz de matar una mosca!

—Bien... vayamos allá.

—Le acompañó, doctor.

Y marcharon para el lugar del suceso.

Una hora después, Burke llegaba a casa de Judith. Esta seguía nerviosa, agitada, preparando la cena para los invitados, pero con el corazón lleno de ansiedad.

Corrió a abrir al policía. Judith, emocionada, fué a hablar con él en el rellano de la escalera.

Y el señor Burke le explicó todo lo sucedido y como nada debía ya temer; pues Dan estaba muerto.



Una inmensa alegría se apoderó de la joven...

—No pase más cuidado... Dan no la molestará más. ¡Levante la frente!

Una inmensa alegría se apoderó de la joven que agradeció con toda su alma a Burke aquella buena noticia.

¡Bendita casualidad que permitía que la mano de un bribón aniquilase a un hombre criminal!

Judith corrió a reunirse de nuevo con su marido que estaba ya en casa e ignoraba por completo la trágica intensidad de aquella jornada.

El inspector volvió a la calle. Estaba contento. Dan había huído y no tenía él la menor intención de detenerle.

Subió a un coche en que le esperaban su mujer y sus tres hijitos.

—Bien, mujercita—dijo—, hemos terminado por hoy las labores del día... No os parece que vayamos al cine?

Y empuñó el volante partiendo lentamente con la alegría del deber cumplido...

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

[B.]